

todos los animales y deleite en el milagro continuo, fuente, de la existencia.

Se alegró de haber vuelto de su excursión amorosa libre y sano—soltero!—, después de haber recorrido casi todos los caminos de aquellos encantados lugares donde el aire era diáfano y tranquilo, el sol amortiguado como a las cinco y media de la tarde en la zona tórrida, las hojas iguales a pequeños barcos cargados de luz y de trinos, y los frutos bellos y agradables, dulces,

tan dulces que daban sed, hastiaban, hostigaban y hasta producían angustia con su sola presencia.

Alzó pies y manos, chilló, barbotó como en los días de espionaje a Lázaro.

—Libre! Libre yo! Libre David Fernández! Viva la libertad! "Nací libre como el viento de las selvas antioqueñas!..." Sí, libre!... "Mi dulce madre me cuenta que el sol alumbró mi cuna sobre una pelada sierra!..." Pelada, pero libre! Libre! Libre yo! YO!...

J. Restrepo - Jaramillo

Estampas

El copioso charlatán de la popularidad

Un fueguillo de llama que chisporrotea y encandila, truenos, retumbos, relámpagos y un sonido de bocina

= Colaboración directa =

La lectura del *Exodo* en aquella parte en que narra el suceso ocurrido al pie del Sinaí, cuando «vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte», nos lleva a Heine. En sus *Memoorias* comenta con ironía que llamamos sabrosa, porque es fresca y espontánea, ese pasaje del pueblo de Israel. Las masas son dóciles, pero precisa ponerlas en el punto de ebullición. El que puede hacerlo conquista dominio irrevocable sobre ellas. ¿Cuál es el fuego que da tal hervor? Es un fueguillo de llama que chisporrotea y encandila: «quien quiera ejercer un influjo sobre las masas necesita una dosis de charlatanería».

En el desierto de Sinaí fueron masas lo que Moisés hizo asentar para que su dios diera la enseñanza perdurable. Masas con punto de ebullición humano. Heine reconoce que la omnipotencia divina tuvo que valerse del fuego de la charlatanería: «Dios mismo, cuando promulgó su ley sobre el monte Sinaí no desperdició la ocasión de tronar y relampaguear concienzudamente. Y, sin embargo, era la ley tan excelsa, tan divinamente buena, que pudo muy bien prescindir del colofón de los relámpagos y del bombo de los truenos. Pero el Señor conocía a su público, que boquiabierto, con sus bueyes y ovejas, rodeaba la montaña y seguramente se maravillaba más de un artificio físico que del milagro del pensamiento eterno.» Hay que orlar ese panorama de horror con humo. La eminencia entera humeaba.

Más de un charlatán celebraría la cita de Heine para decir que ni el poder divino pudo prescindir de ese certero recurso de dominio. El charlatán de la popularidad es el más abundante en los pueblos. Se ufana de tener proporciones de divinidad. El estruendo y la mueca son los recursos de su naturaleza teatral. De las masas trata de apoderarse nada más que para la explotación y la burla.

La ironía heineana hace brillar en el fondo del pasaje bíblico la ley de sabiduría fecunda. En las actitudes y conducta del conquistador de popularidad no existe enseñanza alguna. El único propósito es conquistar la voluntad colectiva para traerla y llevarla, sumarla y restarla según la oferta y la demanda en el mercado político. Por esto es teatral, veleidoso y hasta trágico. Los negocios públicos de una nación no le interesan por la majestad que en ellos precisa encontrar. En determinados momentos asume su defensa, porque así puede penetrar el corazón de las masas y volverlo hacia él. Para estos logros exagera y se forja una retórica pomposa. Sin tales recursos no

llamaría la atención, no se hablaría de él, no se le consideraría uno de los pilares de la patria.

Mas tarde el cálculo lo hará matar todos los aspavientos en presencia de los mismos problemas nacionales, y proyectará la condenación sobre un pasado que juzga fruto del extravío. Pero espera que las masas, puestas a hervir por el fuego de sus habilidades, no sorprenderán otra cosa que avance. La naturaleza menguada de las masas la aprisiona el charlatán eminente y el mando le llega por ese boquete. Halaga, sopla en los instintos de esa ignorancia su viento maldito haciéndola creer que es dueña de los destinos superiores de un país. En el juego no hay nada más que engaño. Jamás adivina en las masas necesidades de cultura. Han de vivir sin luz, arrebañadas. Las influye de superstición y por vicio tan enorme es que son sumisas a la charlatanería.

El espíritu sincero que no las adula, que no las reconoce, debatiéndose en un mundo exclusivo de problemas que le hacen infernal la existencia, no es para las masas figura de importancia. En el drama de Ibsen, el doctor Stockmann es el tipo de hombre a quien las masas dominadas por los charlatanes devoran cruelmente. El doctor Stockmann trabaja en silencio por la salud de una gran población. Quiere librarla de las aguas podridas que explotan los charlatanes. Está seguro de que nadie en la ciudad sabe que los males cundirán diseminados por aquellas aguas. Busca fuera de su país quien examine el líquido y cuando ha comprobado lo que suponía, no hace lo que refiere el suceso del *Exodo*. Ni relámpagos, ni truenos, ni humareda, para hablar a su público. Es un hombre sincero y confía en que su palabra llena de veracidad tendrá una repercusión asombrosa en la población. Se valdrá de la prensa para divulgar su descubrimiento de las aguas cochinas. Espera hallar en este poder la más grande tribuna hacia la cual los ojos del pueblo se dirigirán con majestad. Es un bien tan inapreciable el que piensa hacer, que no pone duda ninguna en el resultado admirable de su lucha.

Pero el doctor Stockmann no es un charlatán y no puede ejercer influjo sobre las masas que aspira a salvar de unas aguas podridas. Cuando espera encontrar una «compacta mayoría» lo que sale a respaldarlo es la agresividad de las masas dominadas por los charlatanes. En la prensa no encuentra sino traición, cobardía, tráfico maldito. Para él no hay espacio. Los charlatanes dueños de las aguas le cierran el paso hacia la hoja impresa. En la tribuna pública quiere entonces dar a conocer

su acusación. Busca un local en donde congrega gente y gracias a un amigo lo encuentra después de batallar por toda la ciudad. Allí oirán las masas grandes verdades que fulminarán a los charlatanes que las explotan. Será grande el acontecimiento para el doctor Stockmann.

Mas, los charlatanes son dueños de las masas y las conducen a la reunión preparada por el doctor Stockmann. Quiénes de la «compacta mayoría» lo escuchan siquiera? Sólo se escucha la voz de un borracho que aprueba las afirmaciones del doctor. Los demás son unidades de los charlatanes y siguen el compás hostil que ellos les imponen. El doctor Stockmann no puede condenar la explotación de las aguas emporcadas. No es un charlatán y fracasa. Las masas lo siguen y lo apedrean. El quería demostrarles lo que había hecho por ellas, pero sin telón, ni escenario, ni máscaras. Confiaba en la sencillez para divulgar su verdad y su acusación. Le faltó la sabiduría del dios de los israelitas para darse cuenta de que las masas necesitan el aparato, el retumbo, el chisporroteo para colocarse sumisas a toda voz de mando.

Ibsen nos dejó un drama perdurable. A él tienen que volver la meditación todos los que queriendo de verdad el bienestar de las masas se empeñan en realizárselo. Pero también en la causticidad de Heine hay una enseñanza profunda. Las masas están acaparadas por la charlatanería centenaria y cuando surge una figura dispuesta a redimirlas de sus miserias, se la devoran. Al charlatán lo acatan, le dan trono y señorío. Por el charlatán se sacrifican y sostienen luchas miserables. El charlatán se sirve de ellas para vivir ejerciendo dominio, para imponer su voluntad menguada a todo un pueblo. Los instintos enfermizos de la masa adquieren agudeza bajo las artes del charlatán. Con ellos triunfa sobre el hombre honrado y lo relega a una situación infeliz. El doctor Stockmann no conocía dobleces y con una pureza conmovedora se enfrentó a la charlatanería siniestra. Y fué arrollado, extrañado por las masas para quienes pedía agua limpia.

La honradez es irreconciliable con la popularidad, mientras las masas sigan dominadas por el charlatán. Reclaman las masas cultura, mucha cultura. Hay que desengañarlas, sacarles el aire que les han metido los menguados a quienes conviene mantenerlas en la tiniebla agresiva. Hay que mirarlas con inmensa piedad, pero sin asumir la condición de redentor. Hay que ayudarlas a matar al charlatán que se mete dentro de ellas a vivir como amo. Hay que tratarlas como masas. Quitarse la seda de las manos, pero no ceñirse la espuela en los talones.

Hablamos de masas y conviene decir que son las de un mundo diminuto. No tenemos sofocado el pensamiento pasando de una extremidad del planeta a la otra. Nuestra meditación está limitada al territorio en que nos toca darle fin a esta existencia que no aspira a ejercer influjo sobre las masas. Queremos ver en el comentario de un gran espíritu como Enrique Heine la más profunda advertencia para no caer en la explotación de una humanidad ignorante y sencilla. Heine nos enseña a salvarnos del abismo y nos da armas para clavar reciamente a los que viven en él como pícaros.

Y como nuestra *Estampa* no tiene grandeza ninguna, la decimos sin el trueno, ni el relámpago, ni la humareda que precedieron a la palabra del dios de los israelitas al pie del Sinaí.

Juan del Camino

Cartago y junio del 31,